

## Cuentos del paraíso de las islas

08

### 04 Los hijos del agobio

[emilio.sola@cedcs.eu](mailto:emilio.sola@cedcs.eu)

Colección: E-libro: El paraíso de las islas  
Fecha de Publicación: 05/03/2023  
Número de páginas: 22  
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.  
Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)



#### Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

[www.cedcs.eu](http://www.cedcs.eu)  
[info@cedcs.org](mailto:info@cedcs.org)

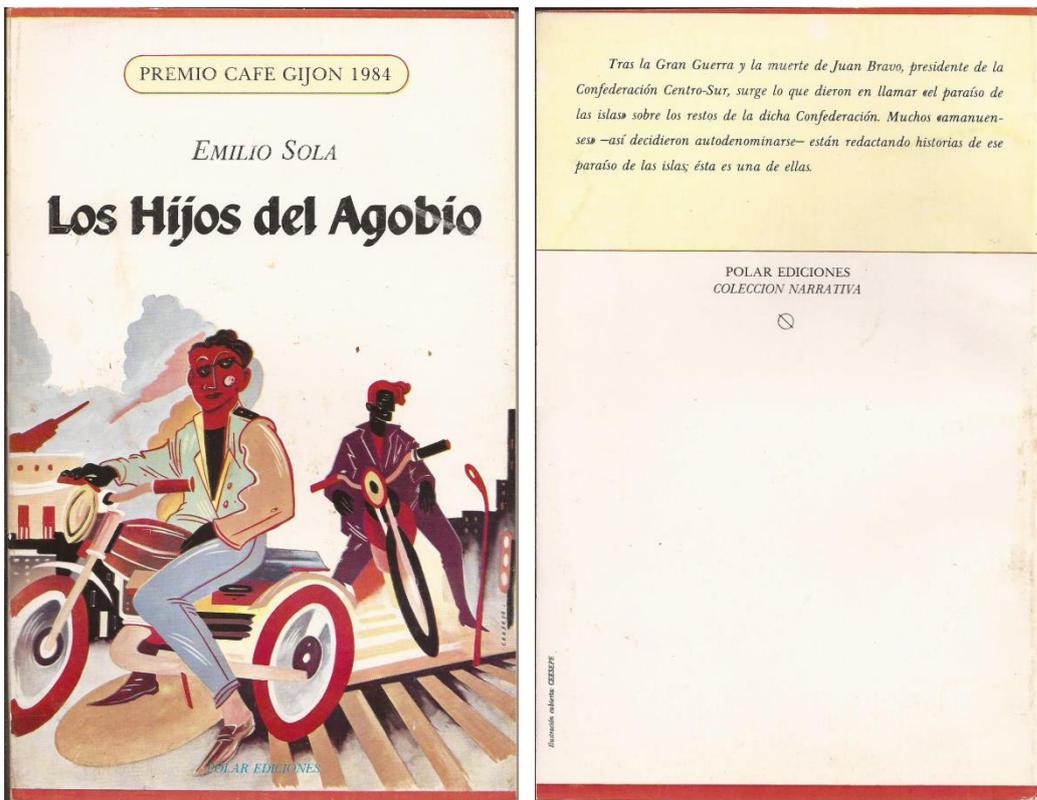
# Cuentos del paraíso de las islas

08

## 04 Los hijos del agobio

“Los hijos del agobio” fueron publicados en 1984 por la editorial Polar de Madrid, al ganar el premio Café Gijón de novela corta de ese año. Su tiempo literario es algo inconcreto, tal vez en torno a la muerte de Gina Manfredi en el año 9 después de la gran guerra y de la muerte de Juan Bravo o JB, según la datación adoptada por el llamado “Paraíso de las islas”. Como siempre, es relato de un amanuense anónimo y su original procede de la llamada Biblioteca de don Borondón o de Naranjal. Se fragmentará en 7 entregas, una por cada capítulo del relato, más otra con el final, con una nota del amanuense que redactó la historia; años después de su redacción, algunos investigadores creyeron que el redactor podría ser uno de los personajes mismos de la historia, el Yoniyón:

8-1, 8-2, 8-3, 8-4, 8-5, 8-6, 8-7 y 8-8



#### CAPITULO IV

La puerta muy iluminada del que llamaban Gimnasio era por sí sola todo un número ya. Con la noche sólo habían podido vislumbrar una silueta inmensa de gran cúpula oscura que se recortaba borrosa, no nítida, en la oscuridad; la puerta era un cuadrado perfecto de luz intensa azulada que en el momento mismo en el que ingresaban en ella comenzó a transformarse y escandalizar. Un rayo rojo desde lo alto se proyectó sobre Tutankamon y éste, por más que intentaba esquivarlo no lo conseguía: la luz roja estaba en especial destinada a él. Un chico salió del interior y se dirigió al Tuta.

—No te mosquees, hombre. Esa luz quiere decir que traes contigo algo metálico que debes dejar en la recepción —le dijo sonriente.

Pero el Tuta estaba mosqueado y los demás, tras el primer sobresalto, boquiabiertos con los juegos de luces y pitidos intermitentes, tal de extraterrestres o de películas de ovnis.

—¡Qué montaje! —decía la Manivela—. ¡Es una pasada de la hostia esta basca que lleva esto!

El Tuta dijo que nada especial traía consigo, pero el otro chaval, muy educado, le dijo de nuevo que no se mosqueara, que no se podía entrar dentro con navajas, cuchillos ni objetos densos que pudieran servir para golpear y que ya vería luego que era lógico. Que podía dejarlo hasta la salida en la

ventanilla, que le darían un tiquet para recogerlo, y que si quería dejar a la vez prendas de abrigo y hasta los zapatos que podía hacerlo, y él se lo recomendaba personalmente, luego comprendería por qué. Flipaban.

—Pero, bueno, ¡qué cojones hay ahí dentro entonces! —protestaba el Tuta.

—Pues nada más que mucha basca con ganas de divertirse, buena música y un ambiente chachi para lo que quieras hacer —le explicaba el otro muy sonriente, había captado que novatos el Tuta y sus colegas.

El Tuta sacó de mala gana del bolsillo del pantalón de cuero negro el cacho de navaja trapera que nunca le había abandonado. El Biela se echó a reír porque sabía que se sacaba del bolsillo el alma. Aún discutió el Tuta:

—¿Seguro que todos han dejado su minga aquí?

—Seguro. Dentro todos están como las mamis los echaron al mundo de indefensos —aseguraba el otro.

Se fue a la recepción y le dieron un tiquet por la navaja. El rayo de luz roja había desaparecido. Iban a entrar ya, pero el Tuta se volvió al chico.

—Un momento: ¿y el látigo de la Mata? A que no ha dejado la Mata su fusta aquí, ¿eh?

El chico se rió.

—¿Es colega tuya la chica de la fusta?

—Sí.

—Como es objeto de cuero la alarma no funcionó, pero dentro hubo acuerdo. Es una tía cojonuda esa amigueta vuestra. Va de reina cheli por la vida y hoy lo es del gimnasio —y le palmeó en la espalda al Tuta, ya tranquilo.

Antes de que pasaran al interior el chico les mostró un tablero gigante y refulgente y les invitó a que eligieran su música preferida; la programación interior vendría dictada por el botoneo que la basca hubiera efectuado. Las últimas novedades y otros títulos que desconocían —el chico les aclaró que eran temas locales de grupos que vivían más o menos permanentemente allí— ocupaban el lugar más visible. El Tuta ni prestó atención, pero los otros, sobre todo Macorina,

eligieron y botonearon media docena de títulos y entraron.

Una cortina densa de luz negra los transformó por unos segundos y rieron las pecas de la Manivela transfigurada en irreal ser angélico. Y, luego, el espectáculo: la gigantesca bóveda del Gimnasio abarrotada de basca a niveles inesperados —por la hora tardía todos debían estar allí—, la música que te envolvía procedente de infinitos puntos, cada uno de perfecta sonoridad —¡qué batería, santo cielo, qué bajo, qué metales!—, la cuánta luz, la gente, sobre todo eso, la gente... A un «¡agua va!» de un sector de basca en un lugar que no pudieron determinar, unos segundos de lluvia, mejor cascata de agua que jurarían perfumada, los puso chorreando.

—¡Me cago hasta en la puta madre que los parió a todos! —se enfureció el Tuta, el cuero de los pantalones y la zamarreta sin mangas empapado—. ¡Esto se avisa, joder!

A su lado una titi chata y feúcha, descalza y con un vestido mínimo que de mojado se confundía con sus carnes, se cachondeó de él.

—¡Anda, y cómo viene éste de descolocado! —dijo a sus colegas.

Y como si un resorte secreto le hubiera tocado la palabra «descolocado» se abalanzó el Tuta sobre la chica, ante el regocijo general y el susto de la Maco, el Biela y la Manivela —no repuestos aún del remojón—, la trincó de donde pudo —el brazo derecho—, la otra le hizo una llave rapidísima y lo tumbó de espaldas; en jarras frente a él, chula o cheli, le reconvino:

—Las hostias en la red, tío, aquí estamos de relax —y se agarró del brazo de un colega que debía ser su maromo y se abrió por entre la gente para otra parte, culete kakadiniano y retozón.

La Maco, desgredada y mojada, todo un número su ropa remendada y húmeda, le echó una mano para levantarlo del suelo; terminaron riéndose; era verdad lo de los zapatos que decía el chico de la entrada: las botas eran un estorbo insoportable. Decidieron aligerarse de lo posible antes de seguir adelante; volvieron sobre sus pasos y se toparon al chico de

la entrada.

—Habéis tardado lo justo; os estaba esperando. Hay otros que tardan más en darse cuenta de la movida —les decía sonriente.

—¡Joder, esto se avisa, tío! —rezongaba el Tuta, no encajonado, casi sonriente.

El Biela y la Manivela no podían quitarse prácticamente nada, salvo los botos, tal era la sobriedad de su atuendo, pero se desabotonaron lo desabrochable; la Maco se quedó también descalza y en camisilla de tirantes; el Tuta en mero pantalón de cuero, muñequera y cadena de plata al cuello con diente de jabalí. Les dieron tiquets para localizar la ropa luego, el chaval les dijo que en todo el área de la derecha de la bóveda podrían recuperarla y que, por otra parte, el gimnasio no tenía horario y no había, por lo tanto, problema de aglomeraciones. Volvieron a entrar.

Tres niveles distinguieron a simple vista en el interior de la bóveda; el bajo, en el que estaban, donde la basca bailaba, charlaba, saltaba y hasta echaba carreras; uno segundo enlazado al bajo con escaleras, rampas y toboganes; uno tercero, con acceso desde los laterales, que era pura red y cama elástica.

—Mira arriba, Tuta: la Kaka —le señaló Macorina.

Alto, alto, en lo que podía considerarse cuarto nivel, varios trapecios, cuerdas verticales y cables horizontales, el nivel de la acrobacia. Y la Kaka estaba allí, mal agarrada a un trapecio que parecía no dominar en absoluto, descalza y en tetas, suponían que sin quiquis ya, el Yoniyón en otro, en calzón amarillo arremangado intentando con una mano rozar al menos a su titi, pero tan mal coordinados de movimientos que se veía con mucho ejercicio irrealizable. La gente desde los laterales les animaban y, algunos, aconsejaban —«¡salta ahora!», o «¡Ap!», cuando se cruzaban en el punto más cercano uno del otro—, pero los dos seguían a su aire y se notaba que flipaban cantidad porque sus risotadas se oían en ocasiones a pesar de la música. El Niñato se les acercó con el J. L. Recio, cada uno con un ojo amoratado, pero fe-

lices.

—¡Qué marcha! —decía el Niñato.

—¡Demasiado pal cuerpo! —le decía la Manivela a su compañero aturullada.

J. L. Recio les contó, acelerado, cómo habían peleado más de veinte minutos, Niñato, el Tetas, el Chapa y él, con otra basca de cuatro mulatos americanos de un conjunto sambero y cómo al final, agotados y porque los otros tenían prisa para irse a ensayar, se habían hecho amiguetes tomando helados de fresa.

El Bocanegra llegó corriendo y se trincó a la Macorina en volandas. Bailaron y el Biela y la Manivela los imitaron un rato. La Mata Maxa llegó del brazo de un Goliat radiante; contaban que entre los dos habían retado de siete en siete a quien quisiera y entre la fusta y el Diestro habían arrasado y a la Mata le decían la Matasiete. En aquel momento la Kaka se dejaba caer sobre la red entre los aplausos de los que habían seguido sus evoluciones en el trapecio y el Yoniyón elegía el momento del salto entre los gritos jubilosos de «¡Ap!» o «¡Ahora, salta!»; la Kaka corría por la red elástica como una oca sin quiquis. La chica Silví les saludó, del brazo de un negrazo sonriente y hercúleo; se había quitado el pantalón bombacho moro y andaba en calzón cortísimo, o short, plateado, el mismo pañuelo estampado de camisa-tetero y los collares. Felicitó a la Mata por su exhibición de látigo.

—¡Has estado espléndida, chica! —y quiso besuquearla, pero la Mata se negó.

—¡Sólo beso follando, titi! —le dijo un poco ofendida.

La otra lo tomó como gracia, rio y se lo explicó a su moreno maromo. Un «¡agua va!» los puso de nuevo de chúpame titi, como decía el J. L. Recio variando un antiguo dicho que ya no recordaba cómo era, y esta vez sí fue bien recibida el agua por el Tuta.

—¡Esto es vida! —llegó a decir en un momento, poco antes de que el vuelo del fantasma del Colocado planeara sobre él, sin duda, y una vez más ensombreciera su rostro.

De repente quiso irse, pero entre los dos niñatos que es-

taban allí le convencieron para que les acompañara a tomar un helado, buscar bronca y, si se terciaba, darse un baño.

—¿Más? —y el Tuta ostentaba su mojadura y la mojadura general.

Le explicaron que abajo había un gran baño turco, o sauna, o jamam, con el techo de vidrio, con lo que veían a los de arriba por abajo, la misma música y una sala de lucha de enjabonados que era la leche de divertida por los hostiazos que se arreaba la gente. Al Tuta no le convencía mucho la última proposición pero a la Maco sí y convenció al Bocanegra de que la acompañara; el Tuta y los niños se fueron a tomar un helado. A la Mata Maxa y al Goliat los había rodeado un grupo de pinta dura para retarlos —eran siete— en una cama elástica y quedaron para dentro de un rato, el tiempo de echarse unos helados.

—Ni aunque me lo juraran me lo hubiera creído, eso de andar de chupetón de helado toda una noche de bronca, titi —le decía a la Mata el Diestro.

La Kaka llegó corriendo, perseguida por el Yoniyón, y se fueron con el Biela y la Manivela a por helados también.

Y así unas cuantas horas más y, en fin, etcétera.

El amanuense quiere aprovechar este etcétera, esta pausa, para presentarse y que nadie dude de su palabra. Como se ha puesto de moda la interpolación autobiográfica desde que Heliodoro intercalara hasta su nombre en el relato, este amanuense no tiene ningún reparo en interpolar que él fue, durante su primera juventud, un agobiado modélico, combativo y motorizado; un suceso que al principio juzgara accidente desafortunado o mala suerte trágica, que a punto estuvo de costarle la vida y que le costó la moto —un colega que iba de paquete de otro colega se abrió con ella cuando le juzgaba tocado del ala, como se decía, para siempre—, pero que con el tiempo comprendería que había sido afortunado contratiempo, lo dejó deprimido y escayolado en el chirringuito de Eulogio. Ni siquiera el gimnasio —que no entra a describir con más profundidad porque piensa que otros mu-

chos amanuenses lo harán, cada uno desde su enfoque personal y el de la historia a narrar, y es mejor así-, ese lugar sorprendente y mágico que tan benéfico se había demostrado para la basca, había podido curarle de su inmovilidad; este amanuense se vio, primero, cuidado por ramadaneros –a pesar de que para ellos los hijos del agobio eran verdaderos kafirunes, idólatras de una imagen salida de las manos de los hombres como era su dios-moto, y su vida puro pecado, jaram– y, luego, convertido en ponentino en varias bodas burocráticas y festivas, en tiempos del gobierno Muntañola, el tiempo de este relato, en la región del chiringuito de Eulogio y la casa de Borondón el Babilónico, de feliz memoria ambos.

Su segunda juventud fue de viajes por el paraíso de las islas, siempre en relación con las artes mecánicas y la música; participó en Esmirna en la sedentarización de tantos grupos de agobiados y en el montaje de los módulos y comunidades a ellos dedicados, así que el contacto con la basca de la que este amanuense procedía fue una constante en su vida que, ahora, sabe que llega a su fin.

El día en que este amanuense descubrió que no temía al mar se supo definitivamente transformado y otro. Hoy, desde la isla de Samos, en la que vive y escribe esto, saluda a la basca que nunca muere, sonrío con piedad y espera.

Solo, herido entre las motos y macutos, el Roqui no había podido dormirse; tomó unas pastillas, pero nada; cada vez se sentía más deprimido, irreprimibles ganas de llorar, desolación que el recuerdo de Colocado, en flashes cada vez más frecuentes, le acentuaba; intentó incorporarse pero el dolor se le hizo insoportable. El chico en bañador leía bajo la farola, no lejos de la acampada.

–¡Colega! –musitó el Roqui, pero no pareció oírle, enfrascado en la lectura, la radio casete a su lado con música que llegaba hasta el Roqui.

–¡Eh, Colega! –volvió a llamar más alto.

Esta vez sí le había oído. Le hizo un ademán de calma

con la mano, dejó el libro al lado del casete y se acercó hasta donde estaba Roqui.

—¿No duermes? —le preguntó, en pie frente a él; observó que estaba palidísimo.

—No puedo —Roqui le miraba con los ojos muy abiertos.

Notó que había llorado y el chaval del bañador se enterneció. Habían descosido la pernera del pantalón de Roqui para que el tobillo estuviera más holgado con los vendajes. El recién llegado se puso en cuclillas.

—¿Quiéres que te traiga algún sedante? —le preguntó.

—He tomado cantidad, y nada —hizo un esfuerzo para incorporarse y, con un gesto de dolor, quedó sentado entre los macutos, frente a frente al chaval vigilante—. ¿No tendréis algún chute fuerte?

—No sé. Ultimamente había mal rollo con eso —meditó unos segundos—. Espera.

El chico se llegó hasta las barracas de los servicios y al cabo de poco apareció con una especie de carretilla cachon-  
da; recogió el casete y el libro y volvió donde Roqui. En un portacintas incorporado al aparato de radio buscó.

—¿Te gusta el Tumbó-Tumbó del negro Trinidad? —le preguntó a Roqui.

Este hizo un gesto de indiferencia y el chico del bañador puso música del tal negro Trinidad. Se sentó a la turca al lado de Roqui.

—Cuando quieras te llevo a la enfermería en la camellita —y se refería a la especie de porta-equipajes o carretilla de tubos y lona rojos.

El Roqui acarició los tubos de la que llamaban camellita.

—Un colega de nuestra banda murió esta mañana —miró al chico del bañador a los ojos—. Se tiró al mar en la moto.

Hubo un silencio. La música del Tumbó-Tumbó del negro Trinidad a tope. El chico del bañador acarició las tapas del libro de Pinto Godinho. Roqui parecía más relajado.

—Se llamaba Colocado —dijo.

—¿Cómo te llamas tú? —dijo el del bañador.

—Roqui.

—Yo Patxi Tolosa, pero me dicen Mustafa.

El tal Patxi Tolosa, al que decían Mustafa, era un muchacho de hasta veinte años, no más, barbilampiño aún y de pelo lacio y semilargo y claro, casi tirando a rubio, aire un punto despistado, cuerpo delicado y gafas de no mucha graduación, blancas, que no ocultaban en absoluto sus ojos sino que, casi, casi, los resaltaban más.

—¿Vais de paso? —preguntó el Patxi Tolosa.

—Sí —y el rostro de Roqui se ensombreció de nuevo.

Tenía el Roqui esa palidez ojerosa y un poco demacrada que, en plena juventud, le daba aire hermoso de cuerpo trabajado. Era de constitución fuerte aunque no grande, pelo con piocha abundante y negra sobre la frente que podía ensortijarse en algún rizo si el viento la despeinara, manos y pies grandes, cintura breve, ropa dura negra y cinturón con adornos de remaches metálicos niquelados.

Le comentó al Patxi Tolosa que temía que sus colegas más cercanos, Tutankamon, J. L. Recio y el Niñato, no tuvieran la paciencia necesaria para esperar su recuperación, sobre todo sin Colocado cerca, que había sido el alma del grupo. El tal Patxi Tolosa le comentó que él había sufrido algo similar, su banda se había abierto un día cuando a él le resultaba del todo imposible seguirles; desde aquel día había seguido solo. De ese tiempo, casi un año atrás, el verano último en Tánger, le venía el apodo de Mustafa. Un gigantón negro se acercó a caballo hasta cerca de ellos y se detuvo un rato, tal vez por la música del Trinidad; el caballo debía de estar loco, pensó Roqui, porque no hacía más que decir sí con la cabeza.

—¿Quién es ese gachó? —preguntó Roqui.

—Lo conozco de vista; debe de ser músico, creo.

Se terminó la cinta.

—¿Tienes de «Metal Cromado»? Es chachi.

—Sí; tengo el «Titi, que te voy».

—Mola más el «Raca, y que te empalen», pero el «Titi, que te voy» tiene buenos efectos especiales.

Patxi puso el «Titi, que te voy» y se quedaron otro rato

en silencio. Parecía que pronto iba a amanecer. Al Roqui le dio triste otra vez y el tobillo comenzó a dolerle más. Le dijo al otro chico que le llevara a la enfermería; lo instaló en la camellita, el macuto sobre las rodillas, y rodó el cacharro aquel hacia allá. Hacía rato que llegaban grupos para dormir y algunos salían en motos. La luna iba a ponerse en breve también.

—La enfermería es un poco amuermante, pero son buenos tipos y muy amables —le comentaba el Patxi—. A la basca del gimnasio la atienden allí mismo; aquí sólo están los que necesitan más cuidados y los colgados y tal.

El Roqui se dejaba llevar; iba triste.

—Tocado del ala, tío —musitó.

El amanuense se siente obligado a interpolar de nuevo; la primera interpolación le obliga a ello. Porque, tal vez, alguien vaya a pensar que Roqui y él pudieran ser la misma persona, cuando no es así. A Roqui le estaba sucediendo algo muy frecuente en los grupos que se formaban y deshacían entre los hijos del agobio; un fallo mecánico o un problema físico, un estar «tocado del ala» en fin, significaba inmovilidad y, por lo tanto, fin provisional de viaje. Y no había salida; era dura la realidad; nadie se sentía con fuerza para exigir piedad a sus colegas, para pedirles que retrasaran viaje o que cargasen con el problema de un cuerpo averiado. Sí podía esperar un mínimo acto solidario: no ser abandonado en lugar inhóspito; esto mismo, sin embargo, no siempre era posible; si el accidente desafortunado llegaba en plena bronca dura o en enfrentamiento abierto con la pasma o un grupo más poderoso, cada uno sabía muy bien que eran prioritarias las maniobras de apertura o esquite a cualquier otra humanitaria o tierna de salvar al caído o echar un cable a alguna máquina con problemas. La ley del agobiado era, como toda ley, implacable, sin piedad. El comportamiento con Roqui de la banda que Mata Maxa provisionalmente encabezaba en momento delicado de semihuída había sido, por lo tanto, de una corrección sin tacha y Roqui lo sabía y agra-

decía. Pero sabía también de su futuro inmediato incierto a pesar de que el lugar elegido para la reorganización de la marcha y de los grupos no era un lugar inhóspito. Todo esto lo sabe el amanuense por experiencia pues lo sufrió. Pero era así; todos lo sabían y a ello se sometían con resignación.

El Tuta fue el primero que quiso abandonar el gimnasio; un enésimo mal flash le había hecho ensimismarse y, a pesar del esfuerzo de los dos niños —que llegaron a planearle un asalto a hombres jabonosos expertos en llaves resbaladizas—, su estado de ánimo fue irrecuperable. De mala gana J. L. Recio y Niñato le acompañaron; tenían cuerda para muchas horas más de gimnasio pero el prestigio de casi jefe para ellos que significaba el Tutankamon pesó más que su natural inclinación. Recuperaron la ropa y facas —las de los niños un dedo más cortas que la del Tuta y con las cachas más cutres—, pasaron el pasillo de secado entre luces sedantes y mensajes de despedida, y salieron a lo que había sido noche: amanecía. Pudieron ver la gran bóveda exterior: deslumbrante media naranja inmensa de cerámica vidriada turquesa, rosa y lila o fucsia o malvá, con aquella luz ortal era difícil precisar aún. Observaron que en las obras en marcha de aquel descampado, más allá del bar de la carretera y los tramos de arbolado, habían comenzado a trabajar. En el bar había poca animación, música más relajada que la de la noche anterior y otra gente llevando el cotarro; ni un turista ya, sólo basca de retirada ojerosa y recién secada tomándose alguna copa rápida, bocatas o café. El Niñato reconoció a uno con el que había estado de bronca dura y, aunque no sabía si saludarle, el otro le hizo un guiño amistoso desde lejos.

—¡Jo, macho! —le dijo al J. L. Recio—. Aquí acabas no entendiendo nada de nada.

—Pues a mí me va cantidad el rollo de aquí —le contestó el otro.

—Es chachi, pero no parece de verdad... —y el Niñato no supo cómo explicarse.

De repente se notaron agotados y con ganas de reposo. El Tuta, aún sombrío y mudo, apuró una cerveza, luego un café y, con un bocata de salchichón en la mano, les hizo señal de abrirse. Cruzaron la carretera; apenas coches en el aparcamiento, aunque los autobuses, microbuses y camiones de la noche anterior seguían allí, ellos dirían que había todavía más. En la caseta de recepción había media docena de tipos de cháchara. Poca gente se movía por la acampada a aquellas horas. En el sector tres encontraron las motos, pero ni rastro del Roqui; los macutos estaban allí, incluso el de Colocado, intactos. El chico vigilante tampoco andaba por los alrededores; preguntaron a uno que parecía vigilante también y les dijo que hacía tiempo habían pasado a la enfermería, que el muchacho herido se sentía mal. Cada uno se enrolló en su saco o manta como pudo, entre las motos, y al poco —el Roqui estaba en mejor lugar, el chico les dijo que no debían preocuparse— dormían exhaustos. Los demás fueron llegando a lo largo de la madrugada, la Kaka y el Yoniyón, como era habitual, con tal escándalo que despertaron a todos salvo a los dos niños, el Tetas y el Chapa los últimos. A mediodía aún dormían como ceporros bajo un sol del que se defendían instintivamente arrebujados caóticamente a la sombra de las motos y del árbol que cobijara al grupo, frondosa higuera, insensibles al barullo de la basca que casi pasaba por encima de ellos hacia los servicios o de vuelta. Bocanegra y el Tetas roncaban a dúo. Tanta normalidad les hubiera sorprendido a ellos mismos si desde fuera hubieran podido observarse.

Poco después de mediodía fue Mata Maxa la primera que dio señales de vida en aquel grupo de semitapados o semidestapados de bajo la higuera y entre las motos; solía suceder así, se decía incluso que la Mata dormía con los ojos entreabiertos y que al menor ruido —y hasta olor extraño, decía el Tetas— abría por completo al menos uno. Vio que el sol estaba alto; achuchó al Goliat, que sólo conservaba tapada la cara, y cuando terminó de desperezarse la me-

dia docena de veces que necesitaba para despejar mínimamente y comenzar a enterarse de cómo era el mundo en torno, le habló.

–Diestro: desde anoche ya no soy jefa de esta basca desmadrada ni hostias que se le parezca–. El Goliat ya lo sabía; siguió la chica–. Con Colocado era otro rollo; tronco mío y del Tuta y los suyos, podía ir la cosa.

Goliat le dijo que podían ir a echarse agua en la jetá y que podían seguir hablando mientras. Así lo hicieron.

–El Tuta es legal, pero los ñiñatos y el Tetas y su Chapa son unos chorizos insoportables.

–Son unos críos cachondos –contestó el Diestro.

–Pero no los aguanto y con ellos no voy de movida ni de aquí al barrio más próximo –replicó rotunda–. Que los aguante su puta madre.

Había gente que se bañaba en la alberca, o desnudos, o con bañadores absurdos, o vestidos; una chica lo hacía en collares. El Goliat se metió bajo una ducha como iba. Confiaba en el sol. La Mata se lavó ligeramente la cara.

–El Bocanegra y el Biela y sus titis son buenos colegas –siguió la Mata hablando con un Goliat que se sacudía el agua al sol con respingos o tiritones violentos, como un perro mojado que lo hiciera–. Con ellos me molaría abrirme cuando quisieran.

Hizo una pausa. El Diestro había terminado y se desenredaba las cadenitas que llevaba al cuello.

–Y contigo, claro –remató la Mata.

Goliat la miró, diríase agradecido.

–Y yo contigo, titi, aunque no folláramos. ¿Y Kaka y Yoniyón?

–La Kaka y el Yoniyón que hagan lo que les salga de las tetas y de los güebos. Son chachis, pero son un número turbulento que no los aguanta ni dios cuando se ponen burros.

Volvían hacia las motos. Vieron que el Biela y la Manivela ya se habían levantado y venían hacia ellos, de paso a los servicios.

–¿Y el Roqui? –preguntó Goliat.

—Que se abra con los niños o que se quede aquí colgado. Es asunto suyo —contestó fría.

Se cruzaron con los otros dos colegas. La Mata les dijo que quería pasar por recepción para enterarse del rollo de los bonos, que luego se verían.

—O. k. —se despidió el Biela.

Recogió la fusta y le dijo a Goliat si la acompañaba a lo de información; el Diestro se encogió de hombros y la siguió.

—Pues la Kaka me molaría de paquete —dijo el Diestro como para sí.

—A esa rata no la separas de su maromo ni arrastrándola por los quiquis, tío —contestó cortante la Mata—. Además, tienen la moto a medias los chelis.

—Ya —dijo el otro.

Salían más motos que entraban y en la recepción había cierto movimiento. Vieron desde fuera que botoneaban el cuadro de mandos del rollo estadístico. Pasaron y esperaron a que aquello se despejara un poco hojeando los tebeos del armarito. No sabían identificar quién era el encargado de la caseta en aquellos momentos.

—Un poco jipiosos, pero chachi estos tebeos —decía el Diestro con uno de Pinto Godinho en las manos, el que se titulaba «El paraíso de las islas».

—Eso parece la casa del viejo —y la Mata se fijó más—. Sí, mira, eso es la azotea y eso la explanada donde dejamos las motos, ¿no?

Así era. El escenario de aquel comic se desarrollaba en la casa del naranjal. A Borondón se le reconocía perfectamente. Goliat se hizo leer algunos bocadillos y le entraba la risa con las cosas que el dibujante hacía decir al viejo.

—¡No están majaras ni na, éstos! —decía el Diestro—. ¡Mira qué moto ahí! ¡Cojonuda! —y se enredó un rato con las imágenes.

La Mata se dio cuenta de que el chico de la caseta, ya solo, les miraba divertido; se sintió un poco avergonzada y dejó desdeñosa el libro entre los otros. El Goliat seguía enro-

llado con los dibujos. La chica se fue al otro.

—Oye, colega: llegamos anoche y quería saber qué es eso de los bonos —le dijo.

El tal colega era un chaval cetrino con un brazo escayolado y una chilabilla fresca azul, flaco y de mirada muy negra y brillante, con densas pestañas. Pronunciaba gracioso.

—Cosa de curre, eso. Te lo dise uno que está allá, ¿ves? —y desde la puerta le señaló una casa al otro lado de la carretera, más allá del bosquecillo de pinos, junto al bar—. Si tú quiere trabajá aquí, tú le dise qué sabe hasé y él te dise que cuánto tiempo y se lo dise a la máquina y luego te lo arregla to. E mu facil.

La Mata le miró de soslayo. Aquel gachó debía ser magrebí. No le molaba eso de la máquina y tal, pero seguro que aquel tipo no iba a saber explicárselo mejor con la lengua de trapo que tenía. Le hizo una señal a Goliat.

—¡Eh, Diestro, vamos!

Cuando salía, Goliat se fijó en una piedra de Mauritania que el chico llevaba al cuello, y un cauri, y se detuvo un momento para mirárselo.

—Contra el mal de ojo, ché —le dijo el otro sonriente.

Salieron. Otros llegaban a la caseta de cristales. Pasaron el bosquecillo y la carretera y entraron en la casa que les había dicho el moreno. Era una casa de dos plantas con patio dentro de losetas de cerámica catalana rojo sangre seca y ventanas en torno, todo enjabelgado y con macetas. Un par de tíos estaban baldeando el suelo, una radio casete a todo volumen en el alféizar de una de las ventanas bajas. Al entrar la titi y el Goliat interrumpieron un momento la faena.

—Lo del curre es arriba —le dijo a la Mata uno de los chicos, un niño en bañador, señalando a una escalera que arrancaba de un ángulo del patio.

El otro, al parecer, los reconoció de la noche anterior en el gimnasio. Se dirigió a la Mata admirativo.

—¡Muy bien anoche, tía! ¡Os lo montasteis que no veas de bien!

—¡Bah! —le quitó importancia la titi—. ¡Una, que sabe de

mundo! —y le hizo un quiebro de fusta al aire, antes de tomar la escalera, el Diestro tras ella.

Subieron en silencio. Una chica tomaba una cerveza, un bocata al lado en la mesa, y los recibió sonriente.

—¿Nuevos? —preguntó.

—Sí —dijo la Mata—. Queríamos saber eso del curre y de los bonos.

Se lo explicó en pocas palabras. Según lo que supieran hacer, podían integrarse en alguna de las obras de aquel tramo de costa o en trabajos rutinarios de entretenimiento o funcionamiento de los diferentes montajes y servicios que acababan de hacer en torno al chiringuito de Eulogio; si eran músicos, enrollarse en los estudios y equipos técnicos. Y hacer giras. Cada día recibirían los bonos con los que podían pasar allí, tener nafta y, en caso de estar de paso, convertir en pasta para seguir.

—¡Chachi, tú! —comentó contento el Diestro.

Los datos de qué sabían hacer y tiempo de estancia los metían en la máquina y ésta, de inmediato y automáticamente, sacaba su ficha de curre para cada cual. Estaban en ello cuando llegó el Biela, la Manivela y el Bocanegra. Venían a lo mismo y se lo explicaron brevemente.

Para los mecánicos había curre allí mismo y para comenzar de inmediato; para los «trabajos de lo que sea», en las obras cercanas. Avisarían a los demás que quisieran para que pasaran por la máquina.

Al salir, a la Mata se la veía triste. El Diestro lo captó al vuelo, buen conocedor, aunque no pudiera razonarlo, de las reacciones de su colega. Le dio un codazo.

—¡Pasa contigo! —le dijo animoso.

—¡Hostias! —se revolvió la otra; y luego—. Este sitio me amuerma.

Goliat se quedó serio. La Manivela se había enterado de la cosa y echó un brazo a la cintura del Biela. Atravesaron la carretera silenciosos. En el Bosquecillo de pinos se encontraron con la Maco, el Tutankamon y Yoniyón que venían buscando lo mismo; Bocanegra se volvió con ellos a la casa del

curre y de los bonos. La Mata se paró bajo los pinos y se dirigió a los tres colegas.

—En cuanto mole, yo me abro. Y cuanto antes, mejor —y la miraban silenciosos—. Este montaje es un comecocos que me mosquea cantidad.

—¿Y los otros? —preguntó el Biela.

—Que se lo monten como les salga de los cojones —contestó contundente—. Con el gimnasio tienen para rato los mamones de mierda —siguió caminando a paso rápido—. Yo cumplí —le arreó un latigazo a un pino y luego a otro—. ¡Me cago en todos tus muertos, Colocado!

La dejaron ir delante de ellos, rápida, cada vez a mayor distancia. Goliat miró al Biela y se encojió de hombros. La Manivela seguía abrazada a la cintura de su compañero, femenina a pesar de sus ropas hombrunas, pecosa y paliducha.

**Sigue en 08-05-Los hijos del agobio**